

PAULO FREIRE: UNA EDUCACION PARA LA LIBERACION

Alberto SILVA

El autor brasileño Paulo Freire comienza a interesar en España. Un cierto aislacionismo intelectual lo mantenía al margen de los debates ideológicos actuales, en los que las corrientes progresistas solamente habían podido «filtrarse» por las grietas de una ley de educación con pretensiones modernistas y que hubo de incorporar de alguna manera las nuevas tecnologías educativas, pedagogías activas, no directivas, etc., con su secuela inevitable de cuestionamientos del orden escolar establecido.

Pero más que de «pedagogías modernas», en España se discuten hoy en día «alternativas», es decir, grandes opciones, orientaciones generales para el porvenir. Resulta entonces beneficioso que crezca la audiencia pública de autores que, como es el caso de Freire, no pretenden únicamente modernizar la vieja fachada de los edificios escolares, sino antes que nada proponer nuevas bases para las eternas tareas de la formación de hombres libres en sociedades justas. Tal es la razón que nos mueve a presentar unas breves notas sobre la teoría y la práctica de la «concientización», pensando que el conocimiento de Paulo Freire puede constituir una aportación de utilidad para los enseñantes y ciudadanos en general que buscan participar en la formulación de la educación del futuro (1).

¿Quién es Freire? Sus libros y artículos llegan a un público cada vez más amplio. Siendo un pensador que busca en lo posible el marco del diálogo y de la discusión para explicitar sus puntos de vista, su pensamiento escrito constituye una síntesis difícil de asimilar globalmente y se presta, como lo ha ido mostrando la experiencia, a numerosas interpretaciones sesgadas. Ciertos lectores latinoamericanos tienden, por ejemplo, a considerar las concepciones de Paulo Freire como un catecismo de la toma de conciencia popular o un recetario de la movilización de masas. Muchos cristianos creen, por su parte, percibir en las apretadas páginas de sus libros un humanismo del cambio social por las vías de la conversión (o la iluminación) de los individuos ciegos o desposeídos. Numerosos europeos constatan en el pedagogo brasileño ciertos ímpetus «tercermundistas» que descalifican, a ojos de ellos, sus concepciones y las vuelven ociosas en el contexto de sociedades altamente industrializadas. Más de un pedagogo confunde el método psicosocial con una versión más o menos «abrasilerada» de la pedagogía institucional o con un simple sistema de alfabetización, más barato y eficaz que el método «funcional» de la UNESCO.

Este artículo no pretende agotar las diferentes coordenadas de un autor que es al mismo tiempo pedagogo, cristiano, latinoamericano y buen conocedor de Europa, y cuya correcta comprensión exige tal vez ser un poco varias de esas cosas a un tiempo. En el espacio de estas cortas páginas resultará imposible presentar exhaustivamente la obra de Freire y sus implicacio-

(1) Para la redacción de las páginas que siguen nos serviremos directamente de varios textos en los que habíamos presentado anteriormente los planteamientos ideológicos de PAULO FREIRE: *La escuela fuera de la escuela*, Madrid, Ed. Atenas, 1973, pp. 69-111; «Culture de pauvreté, domination et pédagogie de la libération», revista *Orientations*, Paris, julio 1973, núm. 47, pp. 49-69.

nes actuales o futuras. Intentaremos, más modestamente, introducir a ciertos elementos básicos de su reflexión, haciendo hincapié en los aspectos de esa concepción pedagógica que pueden ofrecer un mayor enriquecimiento ideológico en los debates educativos de la actualidad.

1. LA CONCEPCION FILOSOFICA Y PEDAGOGICA DE FREIRE

Antes que nada es fundamental precisar el punto de partida de sus planteamientos. El período transcurrido entre 1950 y 1965 (y que llega frecuentemente hasta estos últimos años) constituyó internacionalmente una época de predominio absoluto de las corrientes parsonianas en la sociología (2). Referidas al análisis de los fenómenos educativos, estas concepciones, de tipo funcionalista, inducían a concebir los sistemas escolares como unidades cerradas, dotadas de una gran cohesión interna y cuya existencia misma exigía completa estabilidad normativa y una fuerte integración de dicho subsistema en el sistema general de una sociedad sin movimientos ni conflictos. La función de la educación debía ser lograr en el máximo de ciudadanos un tipo de socialización que consistía realmente en la adaptación de los individuos al sistema social vigente y en la minimización de cualquier tipo de «desviación» ideológica (3).

Estas concepciones dieron lugar a un tipo de práctica educativa que insistía en la modernización de los métodos e instrumentos destinados a transmitir el mismo tipo de contenidos y a obtener un rendimiento más elevado. La UNESCO ayudó decisivamente, sobre todo en sus primeros tiempos, a universalizar tales puntos de vista, especializándose en cierto sentido en la elaboración de diferentes procesos pedagógicos, entre los que sobresalieron los tendientes a adiestrar al individuo para un mejor cumplimiento de sus nuevas funciones sociales. A esta óptica le solían llamar «educación para el desarrollo». Se pretendía con ella lograr métodos de rápido adiestramiento de la mano de obra productiva: como medio primerísimo del progreso económico de los países (se hablaba del «despegue» de los países subdesarrollados y de la «expansión» de los ya industrializados) se proponía una «política de recursos humanos» consistente en la capacitación de los trabajadores para la realización de las tareas propuestas por los sectores dominantes en la sociedad.

El punto de partida de las reflexiones de Freire no fue, en cambio, como, por ejemplo, en las pedagogías de la UNESCO (4), un retraso económico y técnico de los países latinoamericanos que sería preciso recuperar. Aunque estas deficiencias siempre han sido reconocidas por él, Freire no les dio nunca la primera prioridad. A sus ojos, el problema esencial del continente, antes incluso que el estancamiento económico, ha sido y es el de la dominación que un pequeño número de personas ha venido ejerciendo en cada sociedad sobre la gran masa del pueblo y que ciertos países llamados «Imperialistas» imponen al conjunto del continente latinoamericano (5). Sin embargo, dicha

(2) Esta afirmación se refiere antes que nada a América latina, pero puede aplicarse también obviamente a un número importante de países europeos, en cuyos planteamientos investigativos «oficiales» se ha hecho sentir fuertemente la huella de las ideologías funcionalistas norteamericanas.

(3) TALCOTT PARSONS: *The Social System*, The Free Press, Glencoe, Illinois, 1951.

(4) Pensamos concretamente en la «alfabetización funcional» y en el «Programa experimental mundial de alfabetización» que cubre actualmente una parte considerable de países del Tercer Mundo.

(5) En las páginas que siguen se hará frecuente mención a situaciones latinoamericanas, ya que Brasil y otros países de América latina constituyeron el punto de arranque de las actividades de Paulo

«dominación» no es solamente la que surge de las relaciones que los países «dependientes» mantienen con los países imperialistas, o la puramente económica que la burguesía nacional implanta sobre una masa que ha llegado a ser servil a fuerza de ser pisoteada. Si esta doble dominación puede mantenerse tanto tiempo en las sociedades es porque no se trata tan solo de una dominación física, sino de un estado de cosas que ha llegado a aparecer como legítimo a los ojos del pueblo que lo soporta.

Toda la obra de Freire se basa en la comprobación, clásica, de que a una infraestructura de dominación corresponde un conjunto de representaciones y de comportamientos que constituyen el reflejo y la consecuencia de aquélla.

Freire denomina «cultura del silencio» al conjunto de esquemas del pensamiento y a la mentalidad que se ha formado desde la colonización española y portuguesa en el mundo campesino de la mayoría de los países de América latina. Espiritualmente europeos, los conquistadores lo eran también comercialmente. Tras la capa de motivación religiosa o cultural de algunos de ellos (había sacerdotes junto a los soldados para asegurar la mejor realización de los «fines espirituales» de la operación, a saber, «civilizar a los salvajes», llevándoles además la religión cristiana) se ocultaban los fines reales y prácticos de la mayoría: la conquista del oro y la repatriación de las riquezas naturales, minerales o agrarias a Europa, como medios para restablecer el equilibrio financiero amenazado de las metrópolis. Fue fácil encontrar una mano de obra abundante y mal pagada, tanto para la explotación de las minas de la cordillera como la de las ricas tierras de la llanura. Los antiguos ocupantes de la tierra eran reducidos a una mal disimulada servidumbre mediante una legislación puramente formal. Se importaban esclavos de los países de África negra a cambio de materias primas. Incluso se utilizaba la clientela de las cárceles y de las galeras (6).

Naturalmente, en tales condiciones el sistema colonial no podía menos que reducir al pueblo al silencio. Concebida fundamentalmente como empresa comercial, era prácticamente imposible que la colonización pudiera engendrar una verdadera civilización en los países sometidos a su influencia. No había posibilidad ninguna de cambio social en una estructura semejante de grandes propiedades, con enormes extensiones de terreno, una economía autárquica, las exigencias arbitrarias del señor y la ausencia de todo medio de comunicación con el exterior (escuelas, periódicos o asociaciones) que caracterizan a estas explotaciones agrícolas.

Los campesinos y asalariados diversos aceptaron tácitamente esta dominación en la medida en que constituía el exacto reflejo de su situación en otros campos, el militar, el político y el religioso. Más que aceptarla, la admitieron con su mutismo, su pasividad, su forzada dimisión ante las decisiones de los más fuertes. «No sería exagerado—concluye Freire—hablar de un centro de gravedad, en su vida pública y privada, situado en un poder exterior» (7). Así se constituyó históricamente lo que Freire llama la «conciencia

Freire. Sin embargo, es conveniente recalcar que sus proposiciones rebasan el marco latinoamericano y tercermundista. Veremos que, según él, la «concientización», por ser un proceso típicamente humano, es aplicable también a los países del mundo desarrollado, en el cual constata la existencia de un amplio «Tercer Mundo», compuesto por los explotados de un sistema incapaz de ofrecer el bienestar universal tantas veces prometido.

(6) Véase J. A. RAMOS: *Historia de la nación latinoamericana*, Buenos Aires, 1968, c. 1-3. Véase también ANTONIO DOMINGUEZ ORTIZ: *El antiguo régimen: los Reyes Católicos y los Austrias*, Alianza Universalidad, Madrid, 1974, c. 13 y 17.

(7) Véase *Sobre la acción cultural*, Santiago de Chile, 1969, p. 67, y *La educación como práctica de la libertad*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1973, c. 1-2.

dominada», caracterizada sobre todo por la «asimilación» de la conciencia dominadora: un hombre revela su alienación en el momento preciso en que incorpora a su silencio y a su pasividad el razonamiento de sus amos. En sus trabajos de campo, Paulo Freire iba constatando, una y otra vez, que muchos campesinos habían desarrollado modos de pensar y de concebir el mundo conforme a esquemas culturales que no sólo contribuían a mantener una situación determinada, sino que desarrollaban creencias y comportamientos justificadores. La dominación, de por sí arbitraria, se había reforzado gracias al poder que le reconocían sus propias víctimas, a menudo de modo inconsciente.

Este mecanismo caracteriza a la «conciencia oprimida», aquella de quien padece la explotación sin comprenderla ni analizarla, incluso justificándola. Al confundir, por ejemplo, los abusos patronales con el despliegue violento de las fuerzas de la naturaleza, el oprimido suele refugiarse en el fatalismo: «Dios lo quiere..., así son las cosas..., el destino.» Así incorpora los mitos que lo debilitan, acepta el sistema que lo esclaviza y perpetúa las condiciones de su propia dominación, hasta darse a sí mismo una extraña ontología que legitima su desgraciada situación mediante el reconocimiento de su intrínseca inferioridad (8).

Llegado a estas conclusiones, Freire postula que la educación puede contribuir en forma decisiva a transformar la situación descrita, en la cual él descubre la clave de los vicios sociales de los países analizados. La educación debe apuntar a una liberación gradual, pero total, del hombre oprimido. De hecho, las clases populares están sumidas en la miseria y los sufrimientos físicos, pero, por añadidura, viven encarceladas en la prisión de su conciencia mistificada. Resulta en consecuencia claro que su liberación no podría ser simplemente de orden económico. Una transformación de estructuras no es posible, ni durable, sin la mediación de una auténtica liberación de las conciencias. La visión filosófica de Paulo Freire se fue transformando en pedagogía en la medida en que el autor fue descubriendo la necesidad urgente de realizar una obra liberadora a nivel de las conciencias (9).

Si admitimos que en nuestras sociedades capitalistas la dinámica que hemos brevemente descrito (y que se aplica muy especialmente a la realidad latinoamericana) conduce a la servidumbre de las conciencias; si reconocemos como un hecho que el pobre absolutiza frecuentemente su ignorancia en provecho del «patrón» y de «los que son como el patrón», los cuales se convierten en los jueces y fiadores de todo el saber, se impone la conclusión de que la tarea más inmediata es, para el pedagogo, el rescate puro y simple de estos hombres, la liberación de sus conciencias y el descubrir su propia personalidad, por encima de sus alienaciones. Tal es la perspectiva, tales los objetivos de lo que es actualmente conocido como la «concientización».

(8) Los mecanismos de esta «conciencia dual» están ampliamente descritos en *Pedagogía del oprimido*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1974, c. 1.

(9) *Ibid.*, pp. 30-40. Se le ha criticado frecuentemente a Paulo Freire la tendencia idealista, manifiesta sobre todo en sus primeros escritos, a considerar que la toma de conciencia (individual) es el preámbulo necesario para la liberación (social). Paulo Freire ha reconocido plenamente los peligros psicologistas de pensar que los problemas sociales pueden resolverse con «remedios» psicológicos y la necesidad de no aplicar a destiempo a los movimientos sociales el esquema bíblico de la «metanoia» o conversión. Freire considera actualmente que «no puede haber concientización—nivel superior de la toma de conciencia—fuera del acto de transformación profunda de los hombres de la realidad social» (prefacio a la edición francesa de *La educación como práctica de la libertad*, París, Ed. Du Cerf, 1972). Y esta acción de los hombres requiere la mediación obligada de las organizaciones sociales y políticas (*Cuadernos de Pedagogía*, núms. 7-8, julio-agosto 1975, pp. 25-29).

Paulo Freire, tras haber experimentado frecuentemente esta opresión mental en sus investigaciones, terminó optando por una «educación como práctica de la libertad», como «pedagogía del oprimido» (salida de él mismo y orientada a él) y como «acción cultural» dirigida por individuos que tratan de construir ellos mismos su propia historia. Dicha educación debería fundarse en la toma de conciencia que el oprimido hace de las verdaderas coordenadas de su condición personal y social, así como de su situación al margen del proceso histórico. Sólo de este modo podría reconquistarse como sujeto de su propio destino y experimentar una «práctica» de la libertad.

En la concientización, ya no se trata entonces de inculcar una determinada cantidad de conocimientos al educando, como si fuera un simple objeto receptor, una «marmita de conocimientos». Freire propone una «concepción humanista y liberadora de la educación»: «Nadie educa a nadie, nadie se educa completamente solo, los hombres se educan entre ellos, mediatizados por el mundo» en el que viven. Y como todo saber se ve siempre sometido a condicionamientos sociohistóricos, es preciso actuar de modo que la transmisión de ese saber venga a ser en realidad un auténtico trabajo humano, fuente de «problematización» (10).

2. LAS TECNICAS DEL METODO PSICOSOCIAL

Partiendo de los principios reseñados, era natural que surgiera un método de alfabetización. Al presentarlo no queremos reducir la aportación de Paulo Freire a una serie de técnicas para aprender a leer y escribir (de lo cual se defiende él vigorosamente), sino colocarlo en su lugar entre los esfuerzos que se han hecho para ayudar a la liberación del hombre latinoamericano mediante la educación. Nos parece, sin embargo, que su método puede constituir un instrumento de alfabetización realmente eficaz (se deja ver fácilmente lo que supone, por ejemplo, para un país como Brasil, poblado por casi un 80 por 100 de analfabetos virtuales, dado el bajo nivel de instrucción y el escaso rendimiento del sistema escolar de ese país).

Concebido ante todo para campesinos analfabetos sometidos al aplastamiento silencioso que ya conocemos, este método también ha sido puesto al servicio de los proletarios y subproletarios de las grandes ciudades (esto es posible ya que, como veremos, una característica esencial de la «metodología Freire» es su total adaptabilidad al medio concreto en que se va a desarrollar, hasta el punto de partir de los problemas y el vocabulario de los destinatarios). Desde hace más de veinte años, Paulo Freire multiplicó experiencias de educación de adultos en las regiones rurales y urbanas del Brasil. Su método hunde sus raíces en la realidad del nordeste brasileño. Su conocimiento íntimo del terreno (cualidad que él presupone en todo aquel que se dedique a labores educativas) le permitió establecer esta comprobación esencial: no se puede formular un método eficaz de alfabetización de masas si no es partiendo de la problemática de éstas y desencadenando en el analfabeto un proceso de búsqueda, de creación, de recuperación de una palabra que le fue arrebatada.

Sucede que, según Freire, el analfabetismo no es finalmente otra cosa que el resultado de una lenta desposesión del derecho a expresarse, cuyas

(10) *Pedagogía del oprimido*, pp. 93-99.

principales víctimas han sido los campesinos y, como tal, es el fiel reflejo de unas estructuras sociales opresivas. Alfabetizar es, pues, volver a enseñar a los analfabetos a expresar lo que viven y a la vez hacer de ellos testigos, intérpretes de su propia historia.

¿Cómo se realiza esto en la práctica? En vez de proponer un manual, Paulo Freire prefiere un proceso en el que se den la mano, completándose, dos elementos: la búsqueda de medios educativos y la acción de pedagogos en el seno de las poblaciones que van a ser alfabetizadas. No olvidemos el principio de un método que pretende ser «funcional»: «No hay acción educativa que pueda prescindir de una reflexión sobre el hombre ni de un análisis de las condiciones de su medio cultural.» Si, como es el caso del Brasil, la clave de la comprensión de la sociedad viene dada por su carácter profundamente antidemocrático y por la conciencia «ingenua» que tienen de esta situación la mayoría de sus miembros, la educación tendrá por misión ayudar a adquirir una conciencia «crítica», para hacerla capaz de percibir a la par las verdaderas «causas» del mal funcionamiento de la sociedad y los medios a emplear colectivamente para su mejora (11).

¿Cómo realizar el paso de esta «conciencia ingenua» a una «conciencia crítica»? Si adoptamos la metodología preconizada por Freire, será precisamente mediante un método activo de educación, de diálogo y de crítica, con programas y contenidos apropiados para cada caso. Reunidos en un «círculo de cultura», unidad de enseñanza que reemplaza en los talleres, clubs o casas a la escuela tradicional, un coordinador y unas pocas decenas de hombres del pueblo, se entregan durante una hora diaria a la conquista de su propio lenguaje. Se trata de hacer discutir al grupo el programa establecido por él mismo, después de una encuesta preparatoria.

En el primer «círculo de cultura» que aceptó formarse bajo la dirección de Freire en persona, los temas que salían una y otra vez eran, entre otros, los siguientes: nacionalismo, capitales extranjeros, evolución política, desarrollo, alfabetización, democracia, etc. Se pensó que una discusión organizada pero progresiva de estos problemas permitiría despertar una actitud crítica frente a estas realidades de la vida social. Era también un medio de desarrollar en cada uno el sentido y el gusto de la libertad, porque «el asumir la libertad como un modo de ser hombre es el punto de partida del trabajo en el círculo de cultura» (12).

El éxito de las primeras experiencias y el deseo frecuente de discutir determinados problemas con prioridad llevaron a proponer un esquema general, que reagrupaba los problemas que surgían una y otra vez, presentándolos a los grupos en forma de diálogos. Una experiencia realizada sobre cinco analfabetos había demostrado que al cabo de veinte días de discusión, el nivel de participación en las discusiones, así como la toma de conciencia de su propia situación social, habían aumentado considerablemente. El concepto de cultura fue poco a poco convirtiéndose en el contenido corriente de este tipo de discusiones, destinadas a cambiar las actitudes interiores de los campe-

(11) Freire llama «ingenua» a la conciencia del hombre que experimenta los cambios presentes de la sociedad sin discernir sus verdaderas causas, deteniéndose en los aspectos más inmediatos y exteriores de los fenómenos. A ella opondrá la conciencia «crítica». Véase *La educación como práctica de la libertad*, ob. cit.

(12) Pueden encontrarse otras precisiones sobre los «círculos de cultura» en el artículo de FREIRE «Education, praxis de liberté», *Cahiers Internationaux de Sociologie de la Coopération*, Paris, enero-julio 1968.

sinos brasileños. En adelante se hizo recorrer a cada grupo todo un trayecto en cuyo transcurso debía ir descubriendo poco a poco nociones como: diferencias entre cultura y naturaleza, el dominio de la naturaleza por el hombre, aportación de la cultura al hombre en su trabajo, el comportamiento que se ha de tener frente a las experiencias humanas, elaboración de un punto de vista y de una toma de posición crítica sobre la realidad, democratización necesaria de la cultura que brota de ella y, para cuyo aprendizaje, la lectura y la escritura constituyen el primer paso.

La experiencia demostró que tales discusiones llevadas seriamente despiertan o refuerzan en los campesinos el deseo de instruirse y, consecuentemente, y en primer lugar, el de alfabetizarse. El primer contacto de «concientización» va siempre seguido de un estudio (dirigido por un equipo interdisciplinario) del modo de expresión observado en los participantes en tales «círculos de cultura», cuyas discusiones se graban. Se pone gran empeño no sólo en destacar las palabras más cargadas de sentido existencial y los modos de hablar más típicos, sino también en el contexto social de los vocablos que enmascaran las aspiraciones, frustraciones, creencias o proyectos de quienes las emplean.

Se hace una selección de «palabras generadoras» en función de su riqueza fonética, de la intensidad de sus lazos con el contexto social y del eventual poder de «concientización» inherente a cada una de ellas. Esto permite delimitar y después transponer a diapositivas o paneles «situaciones concretas» que serán discutidas por los analfabetos. Es así como fue elaborado en una segunda etapa un método «a la medida» para los campesinos del nordeste brasileño.

Partiendo de esta necesidad de alfabetización sentida por el pueblo, se pretendía alcanzar, pues, un doble objetivo: hacer del analfabeto un agente activo de su propia alfabetización y actuar de modo que el método de alfabetización fuera en sí un instrumento de «concientización» más profunda.

Viene luego la tercera etapa: los campesinos se reúnen de nuevo en «círculos de cultura». Con técnicas muy parecidas a las empleadas en la «alfabetización funcional» de la UNESCO, «descodifican» la situación existencial que había sido «codificada» por el equipo de representación y condensada en una diapositiva sintética, cuyo contenido e implicaciones sociopolíticas deben descubrir. A la «descodificación» sucede el análisis de la palabra generadora —sobre la cual se acaba de discutir—, su separación en elementos fonéticos para formar nuevas palabras, existentes o no (13).

Así, partiendo de la nada, los miembros del grupo descubren que, por muy campesinos que sean, pueden ser autores de sus propios libros de lectura (efectivamente leen los textos redactados por ellos mismos a medida que avanza su aprendizaje). Un pequeño número de palabras, con el máximo de polivalencia fonética, constituye para los analfabetos el punto de partida de la aprehensión de su propio mundo lingüístico. Estas palabras, sacadas de su experiencia cotidiana, ciertamente han quedado transformadas por la crítica que de ellas se ha hecho en los «círculos de cultura», pero inmediatamente se han vuelto a enviar al mundo del trabajo concreto, de la lucha por la vida; realmente han llegado a ser la expresión de una acción propiamente transformadora del mundo. Al cabo de treinta sesiones, los campesinos general-

(13) Una exposición muy clara del método aparece en la revista *Idoc*, París, núm. 29, 1969, pp. 51-55.

mente han aprendido a leer y escribir y han adquirido un principio de sentido crítico. Las tres etapas de este proceso de «alfabetización concientizadora» no ocupan más de seis semanas.

Si hemos expuesto los diferentes momentos de la acción pedagógica elaborada por Paulo Freire, es porque no se puede comprender sino a medida que se aplica. Su método no reside simplemente en el trabajo previo de ciertos educadores ilustrados, sino en el esfuerzo del propio medio humano por hacerse consciente de su propia realidad. A partir de un método de alfabetización, Paulo Freire apunta, en definitiva, a una crítica radical de las estructuras del mundo campesino.

Los equipos que siguen actualmente esta línea de trabajo investigan lo que ellos llaman «la temática significativa» del grupo o, dicho de otro modo, el modo de pensamiento que, en nuestro caso, es el campesino, propio de la situación objetiva del grupo en cuestión. Sobre la base de informaciones recogidas durante la etapa de «concientización», completada por nuevas entrevistas más profundas y por el análisis interdisciplinario, resulta posible conocer «el conjunto de actitudes y los comportamientos que brotan ante determinadas situaciones que configuran el cuadro normativo de un grupo social dado». Son las ideas fuerza las que expresan los intereses de los grupos sociales y las que pueden mantener o transformar una estructura social así determinada (14).

La metodología de Paulo Freire otorga, pues, en primer lugar, una enorme importancia al factor ideológico para la comprensión de la realidad social latinoamericana. No tiene nada de extraño que intente hacer participar a los grupos alfabetizados en una vasta investigación acerca de las modalidades y de los mecanismos alienantes de la mentalidad campesina actual. Igualmente, resulta fácil entender cómo un método que ha nacido en su totalidad de una opción en favor del cambio social, no quiera quedarse en una simple acción técnica, sino que se proponga como un método (no el único, naturalmente, sino uno entre otros posibles y siempre complementario) de atacar la verdadera raíz de los problemas de nuestra sociedad, consistente en esta dominación estructural que hemos descrito más arriba. «La educación para el desarrollo, nos dice Paulo Freire, debe ser una educación para la libertad» (15).

3. LA ACTUALIDAD DE LA «CONCIENTIZACION»

Como vimos, la concientización es en cierta manera, al mismo tiempo que una didáctica de la educación de base para adultos, una concepción de las relaciones entre la educación y el desarrollo sociopolítico, entre la conciencia y el cambio estructural.

En lo que se refiere a sus aspectos pedagógicos, este «método psico-social» fue desde sus comienzos utilizado en forma masiva. Ya desde 1962, Freire pudo demostrar que en Brasil era posible alfabetizar a una comunidad de iletrados en unas seis semanas. Gracias a la aceleración de la dinámica social y a la intensificación de la lucha reivindicativa y del nivel organizativo

(14) Véase «A propósito del tema generador y del universo temático», *Isal*, Montevideo, 1968.

(15) PAULO FREIRE, «Development and educational demands», *World Christian Education*, 1969.

de las masas campesinas brasileñas (16) las experiencias de alfabetización pudieron tener un desarrollo muy rápido, y en 1963 el gobierno de João Goulart tomó la iniciativa de aplicar el método a escala nacional. Al cabo de seis meses habían sido alfabetizadas cerca de doscientas mil personas y se estaba organizando con toda rapidez la extensión del proceso a dos millones más. Tras el golpe militar de 1964, la acción de alfabetización se estancó y cambió en sus formas y orientaciones. Refugiado en Chile de 1965 a 1969, las experiencias recomenzaron en este país y se fueron extendiendo poco a poco a toda América latina: con indios que hablan tres lenguas en Guatemala, en cooperativas campesinas del Ecuador, en los altiplanos peruano y mexicano, en los barrios de chabolas de Buenos Aires y Caracas. Este último período marca asimismo el inicio de la implantación internacional del método psicosocial: cabe mencionar, entre otras, las múltiples experiencias realizadas con trabajadores emigrados (portugueses, italianos y españoles) en Francia, Suiza y Alemania, los intentos que se multiplican en diversos países de África y la utilización sistemática del método de concientización en las actuales campañas de alfabetización de Tanzania y Portugal (17).

Este crecimiento rápido no ha ocurrido sin problemas. Fue frecuente, en todo el primer período, el vicio de una utilización literal de la metodología psicosocial con las consiguientes exageraciones y manipulaciones. Hemos ido observando, sin embargo, que la clarificación progresiva de la teoría y de la práctica de la concientización (animada directamente por un Paulo Freire perennemente autocrítico y deseoso de mejorar sus puntos de vista) está permitiendo que ella deje de ser considerada como una «varita mágica» y se utilice como una proposición de carácter general, que necesita ser desarrollada y acomodada a cada caso para poder explicitar mejor su lógica interna. Otro tipo de problema serio ha surgido de una institucionalización de la concientización (sucedió en Chile entre 1966 y 1969, en Brasil posteriormente con el MOBREAL y quizá ahora en ciertos aspectos en Portugal, según el rumbo que tomen allí las orientaciones generales de la educación) que la hace perder sus potencialidades críticas y sus características de instrumento en manos del pueblo. En este punto, una vez más, es difícil concebir una superación del problema fuera de una adaptación-revigorización constante del método llevado a cabo en la base y por las mismas bases, tal como lo aconseja el espíritu y la letra del método psicosocial.

En sus aspectos más propiamente teóricos, las concepciones pedagógicas de Paulo Freire constituyen un enriquecimiento ideológico real para la reflexión educativa contemporánea. Por situarse en el mismo contexto crítico del que han surgido las nuevas pedagogías y los cuestionamientos de la «escuela capitalista», sus planteamientos van a la larga, quierase o no, en la línea de una ruptura del opresivo molde escolar actual, a quien Freire también reconoce la característica de contribuir, a su nivel y a su manera, a la reproduc-

(16) Estos elementos constituyen, por cierto, el caldo de cultivo indispensable de cualquier cambio en materia educativa (y especialmente cuando se trata de educación de adultos trabajadores), al punto que muchos de los fracasos de reformas educativas que tenemos actualmente ante los ojos, por ejemplo en Europa, se explican en buena parte por el hecho que la voluntad reformista consideró posible el cambio sectorial sin que existiesen perspectivas de un cambio global. Refiriéndonos a Paulo Freire, resulta cada vez más claro que sus proposiciones de concientización presuponen el soporte y la mediación de las organizaciones sociales, sin cuyo concurso ni la toma de conciencia ni la transformación efectiva son posibles.

(17) Pueden encontrarse informaciones sobre la utilización actual del método Freire en revista *Risk*, Ginebra, vol. 11, núm. 1, 1975; *Cuadernos de Pedagogía*, núms. 7-8, *ibid.*, y núm. 11: «Portugal y su educación: la hora de las definiciones».

ción de sistemas sociales injustos. Sin embargo, a diferencia de posiciones utopistas como las de un Iván Illich, lo que interesa a Freire no es tanto una pretendida «muerte de la escuela», tan abstracta como voluntarista en las condiciones actuales. Freire busca antes que nada la muerte de la lógica escolar, en cuanto ésta expresa y tipifica la ideología dominante. Esto lo lleva a plantearse, en un sentido mucho más concreto y útil que el referido Illich, el carácter inevitablemente político de la educación, de toda educación, y la injerencia que las discusiones y acciones que puedan llevarse en el terreno pedagógico tienen en el ámbito de los conflictos sociales. La reflexión de Freire, que comienza planteando el problema de la toma de conciencia individual y grupal termina auspiciando una práctica que busca subvertir la actual lógica de poder burocrático en la educación. En efecto, cuando es aplicada a nivel de masas, la concientización no puede menos que provocar la participación de los enseñados en su propia educación (lo cual obliga a considerar las modalidades de un control popular de la educación), al tiempo que facilita intervenciones colectivas que pueden llegar a ser de importancia en la dinámica social (por medio de una práctica que busca inequívocamente transformar la realidad circundante).

Vistos en esta doble óptica, teórica y práctica, los problemas actuales del método Freire son el pasar de la iluminación ideológica a la operacionalización de tareas educativas, del discurso a la fabricación de pautas de educación permanente y de allí a la programación de intervenciones concretas. Los problemas planteados por el método Freire no constituyen un privilegio de los países «pobres», sino la expresión de procesos humanos de vigencia universal: en el mundo desarrollado europeo, por ejemplo, también existe un considerable «Tercer Mundo», compuesto por la multitud de quienes están «marginados» de una u otra manera de los sistemas sociales, llámeseles obreros emigrados, cesantes en número alarmante, ancianos olvidados, jóvenes sin opciones. En esta medida, el «método Freire» puede ser utilizable en todos los países, más o menos «desarrollados», donde puede tener una vigencia estable lo que se denomina «un juego verdaderamente democrático».